

La calle de Postas

JULIAN PEÑA

Se están llevando a cabo, actualmente y en todo el mundo, conjuntos residenciales un tanto asépticos y de laboratorio. Me refiero a unidades de viviendas bien resueltas en el estudio, sobre unas fascinantes maquetas, pero que luego, en la realidad, resultan frías, antipáticas y que no satisfacen, en absoluto, las necesidades y los gustos del hombre para el que fueron creadas y que va a vivir en ellas.

Muchas antiguas ciudades nos ofrecen por todas partes las enseñanzas de sus calles alegres y animadas donde el hombre se encuentra tan ricamente. Me ha parecido de interés traer a esta, poco trascendente, sección de "Lo que vemos" una calle típica y tónica de lo que voy diciendo: la calle de Postas, en Madrid.

Hay calles que tienen una personalidad muy acusada: la de Postas, en Madrid, es una de ellas. Vale la pena, me parece, dar un paseo y observarla, sacar consecuencias... Creo que sus características hacen de esta calle un elemento urbano digno de ser "visto" y estudiado, siquiera sea de modo informal y a vuela pluma, como es, en cierto modo, el estilo de estos comentarios.

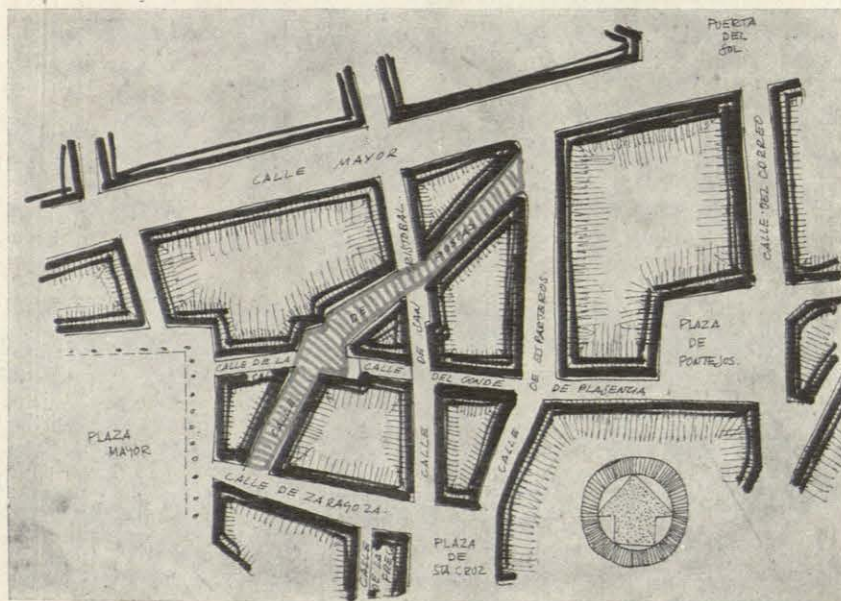
Lo primero que nos llama la atención es la escala tan humana que posee. Su anchura, su longitud, la altura de las edificaciones son tales y están relacionadas entre sí de tal manera que el hombre se encuentra en ella dentro de un espacio urbano a su medida. Podríamos dividir las vías urbanas—¿por qué no?—en dos grandes grupos, a saber: aquellas en las que desde una acera pueden apreciarse fácilmente los objetos que se exhiben en los escaparates de la opuesta, y las restantes. Pues bien, la de Postas pertenece al

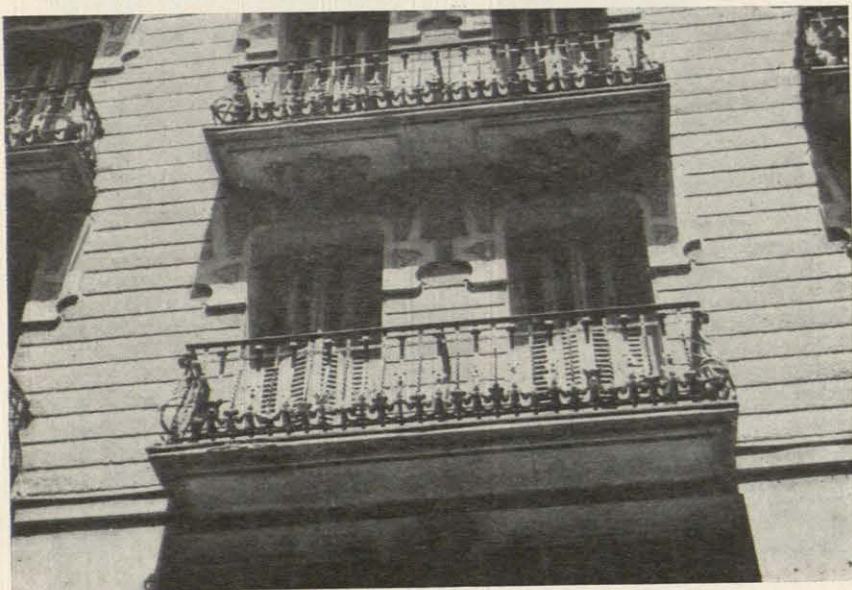
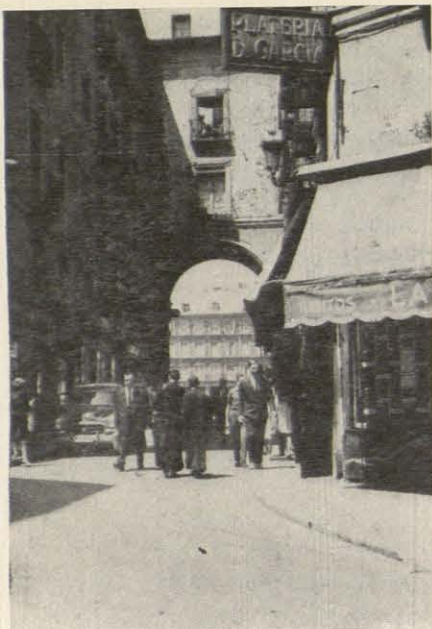
primer grupo. Supóngase que andando por una acera nos llama la atención cualquier motivo de la de enfrente. No hay más que cruzar la calzada, y en menos tiempo que tardamos en contarlos, nos encontramos en el lugar deseado. Y si me dirá: Y de los coches, ¿qué? ¿Se puede cruzar así como así? Sí, porque ocurre que, otra de las características de la calle, en este caso notable para los tiempos actuales, es que, sin estar prohibida la circulación de los vehículos de motor, ésta es casi nula, seguramente debido a los sentidos permitidos en las calles de la zona. Esto hace que la calle, en términos generales, sea de absoluto dominio del peatón. Entonces resulta grato poder encontrar, situados en medio de la calzada, a los clásicos vendedores de mecheros y piedras para los mismos, elemento humano tradicional del paisaje urbano del que hablamos: "¡Hay piedras, mecheros! ¡Mecheros baratos, mecheros



La calle de Postas es camino, vereda, cañada humana, que une al Madrid de los barrios bajos, del Avapiés y la Arganzuela, con el centro comercial de la Puerta del Sol y la Gran Vía. A las horas en que comienza y concluye la jornada laboral en comercios y oficinas, marchan por ella apresuradamente los madrileños que tienen la suerte de poder ir a su trabajo andando. La calle de Postas tiene algo de paso fronterizo entre las zonas urbanas citadas. La unión más clara se hace por la calle de Carretas, pero con otro carácter. Los ambientes son opuestos. Por Carretas automóviles, autobuses, camiones, los inevitables motocarros. Por Postas, todos de infantería. Fácilmente podíamos comparar estas calles con el puente internacional de Irún y el paso fronterizo de Dancharinea en cuanto a idea de aglomeración, molestias, ruidos, y aire, sol y paz bucólica y campestre, respectivamente.

En la calle de Postas hay una casa "fuera de línea". Naturalmente, en el plano oficial de alineaciones del Ayuntamiento figurará con su línea de fachada pintada en color rojo, y cuando menos lo esperemos, la derribarán. Me parece que es la única cuya arquitectura refleja el Teixeira. Es la más antigua de toda la calle; el resto del caserío es, relativamente, moderno, de este siglo. Esta casa tiene dos balcones en cada planta y una hermosa, y en primavera florida, buhardilla. Está en mal estado de conservación. El comentario que surge es el de fijarse en lo bien que hace encontrarnos, al andar por una acera, con un elemento superficial normal a nuestra marcha, y que puede aprovecharse en planta baja, como en este caso, para escaparate de una tienda. En la vecina





calle de San Cristóbal hay un bar que tiene su entrada, como si dijéramos, por la medianería de una casa "fuera de línea". ¿Quiere esto decir que propugne la abolición de las "líneas tiradas a cordel"? No, ni por pienso. Unicamente quiero señalar la personalidad y posibilidades que tienen los trazados menos rígidos, que dan jugosidad al paisaje urbano.

La casa de construcción más moderna es, sin duda, la del cine Postas, obra de nuestro contemporáneo Juan del Corro, y que hace tiempo se publicó en esta Revista. El solar es de forma complicada y extraña, con fachada a tres calles, y verdaderamente se comprende que nuestro compañero tuviera que hacer equilibrios para lograr encajar el programa. Nos llama la atención la casa señalada con el número 4, con portal por la calle Mayor, de muy correcta composición y elementos de cerrajería característicos y de mérito; la número 16, con típicos miradores acristalados, y la que, teniendo su entrada por el número 15 de la calle del Conde de Plasencia, tiene sus fachadas a esta calle y alberga a la Posada del Peine—casa fundada en 1610—, con curiosísimos motivos decorativos, cerámicos de dudoso gusto en los machones de fábrica. A pesar de que las edificaciones son de épocas y estilos distintos, todas se acompañan muy bien, sin que se produzcan disonancias entre ellas. La calle, el ambiente, el paso del tiempo, han limado diferencias, pulido contrastes, uniendo y formando un conjunto.

Al ser, como decíamos, calle de paso y comunicación, tiene una gran importancia comercial. Todas las plantas bajas están ocupadas por establecimientos comerciales que se desbordan, ocupando incluso los portales. Ya hemos hablado de los vendedores de piedras y mecheros que, de forma ambulante, extienden la superficie comercial a toda la calle. El comercio más característico es el de telas para hábitos y estameñas, de los que hay varios. Estos comercios son muy singulares y especializados—"La Purísima", "La casa de los hábitos", etc.—. La exhibición de la mercancía produce una composición cromática de los escaparates, paradójicamente, muy actual. Los bares, donde el clásico bocadillo de calamares tiene prestigio, son otra actividad comercial con peso. Ya al final de la calle, después de la gran relojería de Girod, aparece alguna platería que no encontró acomodo en la vecina calle de Zaragoza, como es lo suyo. Recientemente, y dando prueba de un claro sentido de acomodación a los tiempos que vivimos, han aparecido los escaparates con muñecas vestidas con trajes de faralaes y otros "souvenirs".

Señalábamos antes como una de las características de esta calle la ausencia casi total de circulación rodada. Así es, en efecto. Pero otra cosa ocurre, naturalmente, con el estacionamiento de los vehículos, "permitido del 1 al 15 de cada mes", etc. Quiero decir que una de las aceras tiene constante-

mente junto al bordillo un cordón de vehículos. Por tanto, el movimiento de los vecinos de un lado para otro no es tan fácil como antes decía. En el encuentro con la calle del Conde de Plasencia se produce un ensanchamiento que se aprovecha para el estacionamiento masivo y, aparentemente, desordenado de motocicletas. Me parece que si esta pequeña superficie de calzada se incorporase

a las aceras y al tramo de la última calle sin circulación, se lograría un espacio utilizable exclusivamente por el hombre, que daría compás y desahogo al acceso a la Posada del Peine, a la vez que facilitaría la ordenada situación de las colas que, con mucha frecuencia, se forman delante de un pequeño comercio que se dedica, es curioso, a poner cargas de gas a los modernos mecheros.

¿Existirán buenas relaciones con los vendedores de piedras? ¿Habrán llegado a un amigable "statuo quo"? No lo sé. Lo que sí puede pensarse, a la vista de las colas, es que está próxima, Dios no lo quiera, la extinción del vendedor ambulante que, con sus pregones, hace inconfundible el aire, la luz, el sonido y, en fin, el ambiente todo de la madrileñísima calle de Postas.

